"EL HOMBRE ACECHA", DE MIGUEL HERNANDEZ, YA ESTA COMPLETO

LEOPOLDO DE LUIS

He escrito en varias ocasiones que la historia de *El hombre acecha* —segundo libro de guerra de Miguel Hernández— es casi la historia de su autor. Parte de un entusiasmo natural, de un deseo generoso de entrega, constata con cierto pesimismo —*homo homini lupus*, la frase de Plauto que consagró Hobbes— la amarga experiencia de los comportamientos humanos, y, cuando va a ver la luz y está a punto de comunicarnos su intenso mensaje, el final de la guerra civil lo convierte en víctima, lo envuelve en su confusa catástrofe de represiones, silencios y muerte.

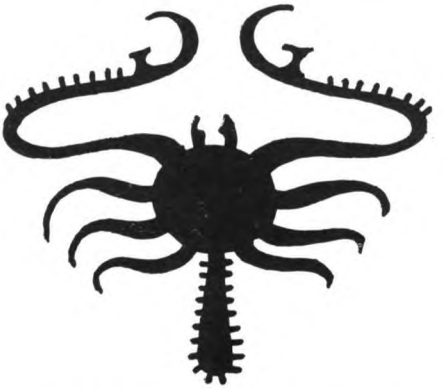
De las dos alas que dan vuelo a la lírico-épica hernandiana, la entusiasmada y altiva es *Viento del pueblo*, la herida y desencantada es *El hombre acecha*. Sus poemas se escriben durante 1937 y 1938. El original compaginado se lo entregó Miguel, personalmente, a Rafael Pérez Contel, encargado de las ediciones del Comisariado del Grupo de Ejércitos, en Valencia, el mes de diciembre de 1938.

Se compuso el texto en cuatro pliegos y medio, formato 16 × 24, con un total de 72 páginas, de las cuales 56 ocupan poemas, una la dedicatoria a Pablo Neruda, otra la portada y otra el pie de imprenta —Tipografía Moderna, Avellanas, 9, Valencia— y la propiedad. Las restantes quedan en blanco. Los poemas están compuestos en letra del cuerpo 10 con tres puntos de interlínea. Los títulos, en versales del 14. Capitulares, versales del 20. La portada lleva el título del libro en versales del 20 y el nombre del autor en cursiva del 12. Al pie de la portada, figura el año: 1939. La caja es amplia: hasta de 19 cíceros, con lo cual ningún verso tiene que volver. La dedicatoria, la «Canción primera» y la «Canción última» están compuestas en cursiva.

El libro fue tirado en febrero de 1939, y quedaron los pliegos apilados, sin plegar, en el almacén de la imprenta. Hemos contado detalles de este proyecto editorial en la edición que de la obra, conjuntamente con el *Cancionero y Romancero de ausencias*, publicamos Jorge Urrutia y yo (Edit. CUPSA, volumen 12 de la Colección Hispánicos Universales, Madrid, 1978). Allí decíamos que existía un juego de capillas, rescatado de la destrucción de que fue objeto por parte de las tropas triunfadoras todo el material habido en aquella imprenta, distinguida por sus trabajos para las ediciones republicanas. Sospechábamos que ese juego de capillas pertenecía a Rodríguez Moñino. No nos acompañó la suerte en nuestras pesquisas, y nos atuvimos a la copia mecanográfica que circuló clandestinamente en el Madrid de la posguerra, por aquellos primeros años cuarenta de la agonía y muerte de su autor. Fue la copia empleada por mí algo después: en 1948, para el envío de material a la Editorial Losada, de Buenos Aires, con vistas al volumen de *Obras completas* —que no apareció hasta 1960—. Ni yo, que hablé con Miguel por última vez en el otoño de 1938, ni Rafael Pérez Contel,

con quien conversamos cuarenta años más tarde, recordábamos que el índice de aquella copia pudiera diferir del índice del libro impreso. Pero difería. Y lo comprobé a finales del recién transcurrido invierno, cuando el profesor Víctor Infantes de Miguel encontró el juego de capillas donde yo estaba casi persuadido que debía encontrarse: en la magnífica biblioteca de Antonio Rodríguez Moñino, cuya viuda, doña María Brey, cuida y ordena con tanto esmero. María Brey y Víctor Infantes tuvieron la delicadeza de llamarme en seguida, y simultáneamente publicamos Infantes y yo sendos artículos anticipadores de la noticia (1).

El juego de capillas es un documento definitivo. Los pliegos, ya doblados, han sido —aunque sin coser— amparados por un folio de papel inferior que corresponde, a mi juicio, y si no estoy equivocado, a la prueba del clisé de la cubierta. Presenta, limpiamente,



el título, en cuerpo 28, con el nombre del autor y la indicación de «Subsecretaría de Propaganda, Delegación de Valencia» colocada al pie. Esta cubierta, según informe de Pérez Contel, debería tirarse con el clisé invertido sobre cartulina roja.

Pero lo que tiene trascendencia es que, como queda dicho, el índice difiere del que se viene reproduciendo, porque en la copia se omitió un poema: «Los hombres viejos». Lo curioso es que una excelente hispanista y miguelhernandiana, la profesora francesa Marie Chevallier, dio un día, entre los manuscritos prestados por Josefina Manresa, con un borrador de veintiocho de las treinta y seis estrofas que componen este poema, pero lo consideró como otra versión del poema «El hambre» —también de este libro—, y así las ofrece en las páginas XXXV a XXXVII de primera edición (a ciclostilo) del tomo II de su tesis universitaria *L'homme, ses oeuvres et son destin dans la poesie de Miguel Hernández* (Université de Lille, 1973). El texto, pues, en su mayor parte no es inédito. Nuestra citada edición lo recoge asimismo (páginas 128 a 130). Pero el hallazgo del juego de capillas nos permite hoy dos cosas: completarlo con las primeras estrofas que faltaban, y situarlo en el índice de *El hombre acecha*, entre los poemas «El soldado y la nieve» y «El vuelo de los hombres».

Clasificados por Jorge Urrutia y por mí los dieciocho poemas conocidos del libro como: *a)* Combativos; *b)* sociales; *c)* políticos, y *d)* de aflicción; «los hombres viejos» —que tiene la particularidad de ser el más extenso de todos, con sus 144 versos— podríamos decir que participa de los cuatro matices, con un ingrediente añadido: el sarcasmo. Si tenemos en cuenta que el sarcasmo está presente en alguno de los poemas del libro anterior —*Viento del pueblo*—, quizá nos inclinemos

(1) «El País», Madrid, 11-2-79, y «Pueblo», Madrid, 2-2-79. Por otra parte, Jorge Urrutia y yo pensamos siempre en la posibilidad de que exista un segundo ejemplar de capillas en la biblioteca de otro bibliófilo, lo que concuerda con la opinión de Rafael Pérez Contel, quien está convencido de que fueron varias las personas rescatadoras en la famosa imprenta valenciana de los pliegos allí apilados, tanto de este libro como de otro que se preparaba a la vez, recogiendo canciones de guerra.

a pensar que «Los hombres viejos» puede ser uno de los más antiguos del nuevo libro, acaso del mismo 1937 o bien muy de principios de 1938, porque en el resto de *El hombre acecha* ya no vuelve a manifestarse. Además, en la estrofa diecinueve habla de «mis vividos y veintisiete años», edad que cumplió el 30 de octubre de 1937. Puede, por tanto, asegurarse que el poema está escrito aquel otoño o muy poco más adelante.

Destaca en el poema la violencia verbal de tipo escatológico. Semejante burla por medio de palabras de cámara había sido empleada por Miguel en el poema «Los cobardes», de *Viento del pueblo*, con el cual, sin duda, se relaciona éste. El recurso es usual en las bromas populares, y se corresponde con la infancia campesina de Miguel. Pero, además, había sido «consagrado», por así decirlo, en aquellos meses por un poeta culto como Rafael Alberti —quien ya había utilizado antes «los chancros y la orquitis»—, según podemos ver, por ejemplo, en el romance «Radio Sevilla», publicado el 14 de febrero de 1937 en la revista *Choque*, del 10.° Batallón del Regimiento de Infantería número 1. También en *Residencia en la tierra*, de Pablo Neruda, pudo leer Miguel alusiones a los «*water-closets* con ojos de madera», u otras muestras en los poemas revolucionarios de Pascual Pla y Beltrán. Hay que añadir a esos precedentes próximos, los más lejanos de la poesía satírica del XVIII y el XIX, así como, por supuesto, el propio Quevedo, cuya obra es indudable que Miguel conocía. No podemos juzgar esta coprolalia como una simple cuestión de buen o mal gusto, sino como un elemento más en la agresividad que el poeta esgrime en su función beligerante, contra aquello con lo que se siente en guerra. Es más, cabe juzgar que en Hernández es proceder más justificado que en sus precedentes clásicos, puesto que en éstos no respondía sino a una burla literaria, mientras que en Hernández se pone al servicio de una causa noble. Planteado así, excede a los límites convencionales del arte para entrar en los de la eficacia, que en la coyuntura del poema tenía paralelo interés. Los motivos que hacen reaccionar al poeta con tan abrupta y panfletaria pieza son varios; intentemos verlos a partir de los versos mismos.

1. *Nacen puestos de gafas, y una piel de levita,*
y una perilla obscena de culo de bellota,
y calvos, y caducos. Y nunca se les quita
la joroba que dentro del alma les explota.

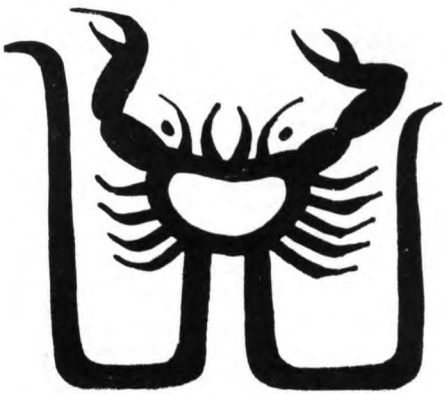
Clara caricatura que viene condicionada por la idea de hombres *viejos*, en el sentido de apegados a viejas tradiciones, las cuales son como una joroba que, aunque no se quita, estalla dentro del alma y los envenena. (Se emplea de manera incorrecta el verbo «explotar» por «estallar», en acepción que, mucho más adelante y sin duda por su insistente uso, ha aceptado la Academia). La *levita* forma parte de un vestuario obsoleto que deviene simbólico, lo mismo que la *perilla*, en cuanto al aspecto del rostro. (Recuérdense los «trajes húmedos que son piel», en el poema «Salón», y los caballeros que «atraen la mirada hacia sus bigotes», en «El vals», ambos en *Pasión de la tierra*, de Aleixandre. O también los numerosos empleos de ropas y trajes con sentido peyorativo, en la poesía de Neruda.)

2. *Pedos con barbacana, ceremoniosos pedos,*
de su senil niñez de polvo enlevitado,
pasan a la edad plena con polvo entre los dedos,
sonando a sepultura y oliendo a antepasado.

Aparte de la burla que de lo «ceremonioso» se hace, la estrofa es reiteración de la anterior: en la primera, los fustigados personajes *nacen;* aquí prosiguen con *niñez senil*, mortificante oxímoron que conduce hasta la madurez de los protagonistas, hasta su muerte. Se les ve en su condición de hombres togados (abogados, jueces, etc.), y con bonete (religiosos):

3. *Parecen candeleros infelices, escobas*
desplumadas, retiesas, con toga, con bonete:
una congregación de gallardas jorobas
con callos y verrugas al borde del retrete.

Otro oxímoron burlesco: no hay *jorobas gallardas*. Los *callos* y las *verrugas*, que se van a repetir en la estrofa siguiente, carac-



terizan la rugosidad envejecida que se atribuye a estos seres, con la connotación de que, además, *verrugo* es voz calificativa del hombre mezquino y avaro.

4. *Con callos y verrugas, y coles y misales,*
la dignidad del asno se rebela en la enjalma,
mirando estos cochinos tan espirituales
con callos y verrugas en la extensión del
[alma.

5. *Alma verrugicida, callicida la vuestra.*
Habéis nacido tiesos como los monigotes,
y vivís de puntillas, levantando la diestra
para cornamentar la voz y los bigotes.

6. *Saludáis con el ano, no arrugáis nunca el*
[traje,
disimuláis los cuernos con laureles de lata.
No paráis en la tierra, siempre vais de viaje
por un país de luna maquinal, mentecata.

7. *Nacéis inventariados, morís previa promesa*
de que seréis cubiertos de estatuas y coronas.
Vais como procesados por el sol, que procesa
aquello que señala delito en las personas.

La adjetivación ha subido de tono, si cabe, en el segundo verso de la estrofa sexta. En la anterior, se alude al saludo fascista, y en la séptima se introduce la idea de las pompas fúnebres y de la fama póstuma, haciendo el poema más iconoclasta. Inmediatamente arremeterá contra las leyes, como hace también en el poema «Las cárceles», con un criterio que debe suplirse al leer el poema de justicia-injusta, esto es: de la organización judicial como ente represivo del pueblo.

8. *Os alimenta el aire sangriento de un juz-*
[gado,
de un presidio siniestro de abogados y jueces.
Y concedéis los pedos por audiencia de un
[lado,
mientras del otro lado jodéis, meáis a veces.

9. *Heríís, crucificáis con ojos compasivos,*
cadáveres de todas las horas y los días:
autos de poca fe, pasto de los archivos,
habláis desde los púlpitos de muchas tonte-
[rías.

10. *Nunca tenga que ver yo con estos doctores,*
estas enciclopedias ahumadas, aplastantes.
Nunca de estos filósofos me ataquen los hu-
[mores,
porque sus agudezas me resultan laxantes.

11. *Porque se ponen huecos igual que las ga-*
[llinas
para eructar sandeces creyéndose profundos:
porque para pensar entran en las letrinas,
en abismos rellenos de folios moribundos.

12. *Sentenciosas tinajas vacías, pero hinchadas,*
se repliegan sus frentes igual que acor-
[deones,
y ascienden y descienden, tortugas preocu-
[padas,
y el corazón les late por no sé qué rincones.

13. *No se han hecho para estos boñigos los bar-*
[bechos.
No se han hecho para estos gusanos las man-
[zanas.
Sólo hay chocolateras y sillones deshechos
para estas incoherencias reumáticas y canas.

14. *Retretes de elegancia, cagan correctamente:*
hijos de puta ansiosos de politiquerías,
publicidad y bombo, se corrigen la frente
y preparan el gesto de las fotografías.

Se habrá apreciado que en estas estrofas entra un nuevo motivo: los intelectuales pedantes, sentenciosos, suficientes y encumbrados en su sabiduría, que marginan con ella al pueblo y se sienten elegidos y privilegiados. Por esta variante, el poema se relaciona con otro del mismo libro: «Llamo a los poetas». En ambos, contrapone a esta despreciable actitud, la sencilla y solidaria de sus camaradas, soldados o escritores, que si en este poema «nadan radiantemente sus cuerpos en los ríos», en «Llamo a los poetas» son invitados: «si queréis nadaremos antes en esa alberca».

15. *Temblad, hijos de puta, por vuestra puta*
[suerte,
que unos soldados de alma patética deciden:
ellos son los que tratan la verdadera muerte,
ellos la verdadera, la pura vida piden.

16. *La vida es otra cosa, sucios señores míos,*
más clara, menos turbia de folios, de ofi-
[cinas.
Nadan radiantemente sus cuerpos en los ríos
y no usan esa cara de múltiples esquinas.

Los *hombres viejos* son ya, claramente, enemigos contra los que se lucha en la guerra, y el poeta les augura la derrota, porque lo que él defiende es una vida nueva y *ellos* buscan la permanencia de lo caduco.

17. *Nunca fuisteis muchachos, y queréis que per-*
[sista
un mundo aparatoso de cartón estirado,
por donde el cartón vaya paticojo y turista,
rey entre maniquíes de pulso congelado.
18. *Venís de la Edad Media, donde no habéis*
[nacido,
porque no sois del tiempo presente ni el au-
[sente.
Os mata una verdad en el caduco nido:
la que impone la vida del siempre adoles-
[cente.
19. *Yo soy viejo: tan viejo, que el primer hom-*
[bre late
dentro de mis vividos y veintisiete años,
porque combato al tiempo y el tiempo me
[combate.
A vosotros, vencidos, os trata como a ex-
[traños.

El concepto de tradición en Hernández no puede ser más fecundo. Está combatiendo anticuados resabios, esto es: falsa e inmovilista tradición. Pero siente el peso de la verdadera: en él *late* el primer hombre. La idea se repite también en otros poemas de la misma época, como puede ser el espléndido «Hijo de la luz y la sombra» (1938), donde dice que «besándonos tú y yo se besan nuestros muertos, / se besan los primeros pobladores del mundo».

Comienza, a partir de la estrofa veinte, la segunda parte del poema. Una acumulación de elementos descriptivos, mediante enumeración asindética y casi sin un verbo, realiza una síntesis de cuanto caracteriza a los sujetos del poema. Ya en la estrofa 22 aparece un tercer motivo: la usura («lo que más les preocupa de todo es el bolsillo») del capitalista.

20. *Trapos, calcomanías, defunciones, objetos,*
muladares de todo, tinajas, oquedades,
lápidas, catafalcos, legajos, mamotretos,
inscripciones, sudarios, menudencias, ruin-
[dades.
21. *Polvo, palabrería, carcoma y escritura,*
cornisas, orinales que quieren ser severos,
y se llevan la barba de goma a la cintura,
y duermen rodeados de siglos y sombreros.
22. *Vilmente descosidos, pálidos de avaricia,*
lo que más les preocupa de todo es el bol-
[sillo.
Gotosos, desastrosos, malvados, la injusticia
se viste de acta en ellos con papel amarillo.

Es interesante subrayar la presencia de abundantes voces que traen connotaciones fúnebres: *defunciones, lápidas, catafalcos, sudarios,* incluso *inscripciones;* así como otras que aluden a una burocracia sórdida: *legajos, mamotretos, escritura, papel amarillo.* Junto a tales connotaciones, aparecen otras voces no menos deprimentes, como *ruindades, polvo, carcoma, orinales, gotosos, desastrosos...* A continuación, la estrofa 23 reviste singular importancia. Ya no se trata sólo de reaccionarios, *cavernícolas* y avarientos capitalistas. Se perfila otro espécimen: el emboscado, el que se quita de en medio, diríamos popularmente, o bien el que escurre el bulto en la guerra, y busca «enchufes» en oficinas y ministerios, o incluso acogiéndose al derecho de asilo que, en la zona republicana, varios países ejercieron ampliamente. (Lejos estaba Miguel entonces de pensar que, un poco más tarde, en situación contraria, a él no se lo facilitarían). El poema censura a quienes, por el viejo y arbitrario sistema de las recomendaciones, gestionaban encargos en el extranjero y se paseaban por Ginebra, sede entonces de la Sociedad de Naciones, donde se reunió a veces el famoso y nefasto Comité de No Intervención. En este punto se concreta tanto, que nos hizo pensar y decir lo que decimos en nuestra citada edición: que Miguel parece escribir «a tiro hecho», aludiendo a sucesos específicos y a personas determinadas cuya conducta conocía y repudiaba, porque era incompatible con su honradez, con su casi ingenuidad de muchacho generoso y noble.

23. *Los veréis adheridos a varios ministerios,*
a varias oficinas por el ocio amuebladas.
Con el sexo en la boca canosa, van muy se-
[rios,
trucosos, maniobreros, persiguiendo emba-
[jadas.
24. *Los veréis sumergidos entre trastos y coños*
internacionalmente pagados, conocidos:
pasear por Ginebra los cojones bisoños
con cara de inventores mortalmente abu-
[rridos.

25. *Son los que recomiendan y los recomen-*
[dados.
La recomendación es su procedimiento.
Por recomendación agonizan sentados
donde la muerte cómoda pone su ayunta-
[miento.

Parece oportuno recordar, respecto del verso primero de la estrofa 24, que Camilo José Cela ofrece, en su *Diccionario secreto* (tomo I, 1.ª edición, Alfaguara, Madrid 1968, pp. 263/264) varios ejemplos de uso de la palabra *trasto* con el sentido de alusión a los órganos genitales masculinos.

A continuación, es la hipocresía y los convencionalismos sociales lo que se rehúsa —estrofa 26— y la opresión de «estos cuervos» —estrofa 27—. En las estrofas 28 y 29 van a ser las mujeres las que entren en la zarabanda de críticas.

26. *Cuando van a acostarse, se quitan la careta,*
el disfraz cotidiano, la diaria postura.
Ante su sordidez se nubla la peseta,
se agota en su paciencia la estatua más se-
[gura.
27. *A veces de la mala digestión de estos cuer-*
[vos
que quieren imponernos su vejez, su idioma,
que quieren que seamos lenguas esclavas,
[siervos,
dependen muchas vidas con signo de paloma.
28. *A veces son marquesas íntimas de ambicio-*
[nes,
insaciables de joyas, relumbronas de trato:
fracasadas de título, caballares de acciones,
relinchan por llevar el mundo en el zapato.
29. *Putonas de importancia, miden bien la son-*
[risa
con la categoría que quien las trata en-
[cierra:
políticas jetudas, desgastan la camisa
jodiendo mientras hablan del drama de la
[guerra.

Las estrofas restantes se extienden en nuevas consideraciones sobre la carga de reaccionarismo, opresión y ocio que supone la existencia de tales seres, y se reafirma en la lucha para exterminarlos.

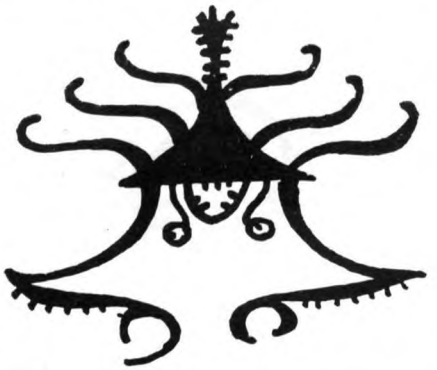
30. *Se cae de viejo el mundo con tal matalotaje.*
Hijos de la rutina bisoja y contrahecha,
valoran a los hombres por el precio del traje,
cagan, y donde cagan colocan una fecha.
31. *Van del hotel al banco, del hotel al paseo*
con una cornamenta notable de aire insulso.
Es humillar al prójimo su más noble deseo,
y el esfuerzo mayor lo hacen meando a pulso.
32. *Hemos de destrozaros en vuestras legaciones,*
en vuestros escenarios, en vuestras diploma-
[cias.
Con ametralladoras cálidas y canciones
os ametrallaremos, prehistóricas desgracias.
33. *Porque, sabed: llevamos mucha verdad me-*
[tida
dentro del corazón, sangrando por la boca:
y os vencerá la férrea juventud de la vida,
pues para tanta fuerza tanta maldad es
[poca.
34. *La juventud, motores, ímpetus a raudales,*
contra vosotros, viejos ex hombres, plena
[llueve:
mueve unánimemente sus músculos frutales,
sus máquinas de abril contra vosotros
[mueve.

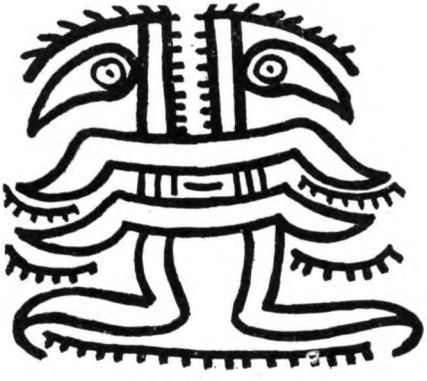
Me parece que es esta última la estrofa más bella del largo poema; tan miguelhernandiana como nos hace ver su exaltación entusiasta de lo fértil. Una *juventud* como *motores;* un ímpetu que *llueve* juvenilmente sobre lo caduco, para borrarlo, para ahogarlo en su lluvia fecunda. Los *músculos* jóvenes —y en juventud se simboliza no sólo la mocedad, sino también todo lo nuevo, alegre y progresivo— son *frutales* (constante en el mundo poético de Hernández) y son *máquinas de abril,* esto es: instrumentos capaces de crear primavera, y con primavera se implican alegría y esperanza. Indudablemente, el poema aquí ha remontado el vuelo.

Las dos estrofas finales revisan el concepto de *vejez* que viene empleándose en los versos anteriores, y lo sustituye por *decrepitud maloliente,* para acabar rebajando su importancia —otra forma de desprecio— con el adjetivo *enemiguitos.*

35. *Viejos ex hombres viejos: ni viejos tan si-*
[quiera.
La vejez es un don que cederá mi frente,
y a vuestro lado es joven como la primavera.
Sois la decrepitud andante y maloliente.
36. *Sois mis enemiguitos: los del mundo que*
[siento
rodar sobre mi pecho más claro cada día.
Y con un soplo sólo de mi caliente aliento,
con este solo soplo dicté vuestra agonía.

Antes escribí que el poema, en cierto modo, participa de los distintos matices que confluyen en el libro a que pertenece, esto es: combativo, de preocupación político - social, de sentimiento afligido. En los dos primeros as-



pectos, queda claro. La decepción que aflige al libro no tiñe, en realidad, esta pieza de manera expresa. Sin embargo, me parece que bien puede estimarse como producto de una constatación decepcionante y decepcionada de los hechos. A pesar de los versos finales, a pesar de «haber dictado su agonía», Miguel Hernández parece más bien persuadido de que se trata de un lastre pesado, difícil de eliminar, que impide el triunfo de sus ideales ingenuos. Porque Miguel Hernández tomó parte en la guerra civil con un fervor idealista ejemplar, pero quizá —para su daño— con escaso realismo. La paz auténtica y la fraternidad no estaban —no están— a la vuelta de la esquina, y él mismo comprobó —y nos dijo— que era «sólo por amor odiado». Esa amarga comprensión empapa, melancólica y heridamente, las mejores parcelas de *El hombre acecha*.

Y en este punto se impone valorar el poema en su contexto. Debo confesar que me he sentido asombrado al ver ahora que, cuando en 1942 se transcribió mecanográficamente el libro, el copista eliminase la pieza. Porque puede ser que le resultara demasiado comprometida por la violencia que he subrayado, pero lo cierto es que su decisión mejoró la selección del propio Miguel Hernández. Miguel quiso hacer una burla feroz, demoledora. Quiso agredir, quiso aniquilar. Le ofendía, por bueno, la conducta de muchos; le dolía por él y por quienes junto a él encontraban la muerte. Si el verso X sirve para sajar, sajemos, y que se aparte el pus del tejido infectado. La poesía no es sólo, ni siquiera ante todo, un juego estético. La poesía es un arma: pongámosla al servicio de lo que es justo, de aquello por lo cual combatimos. Que no se burlen de nuestro sacrificio los peores. Tal parece ser la filosofía con la que el poema se escribe; con la que se escribieron otros muchos poemas de su mismo momento. Pero, por una parte, debemos reconocer que el poema se le va de las manos, provocando una pérdida de unidad temática, de eficacia también, por ende. Ya lo he señalado antes: se inicia con censura a los hombres de ideas arcaicas e inmovilistas, sigue con el ataque a la clase opresora y al capitalismo, y deriva su crítica hacia los intelectuales fatuos y luego hacia los emboscados. Estos emboscados son, a su vez, de dos maneras (siempre siguiendo las recriminaciones y alusiones del poema): los acogidos a las embajadas extranjeras —lógicamente, simpatizantes con la causa franquista— y los que, aunque militantes republicanos, buscaban misiones que les apartaran del frente. Entre estos últimos habría incluso amigos personales del poeta, e insisto en que Miguel debía de estar pensando en alguno mientras enderezaba sus dicterios. Todos estos sujetos quedan englobados en el escarnio de las estrofas, puestos en la picota del poema, pero de manera confusa e indiscriminada, a causa de la redacción poco rigurosa, que tiene mucho de exabrupto. Por otra parte, las circunstancias pasan, y el arte queda. No se juzga el arte por sus intenciones, sino por sus resultados. Pero tampoco se debe juzgar el arte haciendo caso omiso de su contexto histórico. Los propósitos de Hernández los conocemos, los compartimos y los elogiamos. Las circunstancias contaron asimismo en nuestra biografía. Pero el poema «Los hombres viejos» no añade nada a la obra hernandiana, más bien la desmerece. Aquí sí que el poeta cede a la facilidad, quizá llevado por el éxito popular que probablemente obtuvo en sus declamaciones públicas. En nuestra repetidamente citada edición, contamos los recuerdos de Rafael Pérez Contel. Miguel le confesó que quería recoger en el libro poemas muy celebrados en sus recitales. Si fue así, Miguel no acertó con «Los hombres viejos» al incluirlo, porque, además de su escasa calidad poética, descompensa el volumen. Resulta desproporcionado por su extensión y —lo que es más lamentable— por su tono. Bien estaba *El hombre acecha* como estaba, que era muy bien, y con su preferente nota desgarradora, grave. Pero no podemos ser más hernandianos que Hernández. El lo incluyó en su índice —el hallazgo de las famosas galeradas lo demuestra— y en su índice debemos reinstalarlo. *El hombre acecha* ya está completo. Las antologías, son otra cosa.